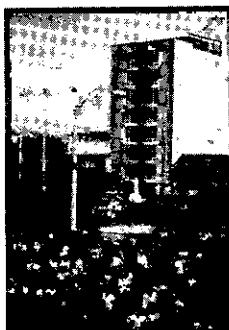


SOCIEDAD Y GLOBALIZACIÓN

INTERNACIONALIZACIÓN, IMPERIALISMO E IDEOLOGÍA DE LA GLOBALIZACIÓN

Marcos Roitman Rosenmann*

Siempre se ha señalado que las definiciones deben ser claras y distintas. Que no es posible enunciar que un conejo es un animal mamífero, cuadrúpedo, de orejas grandes y colmillos prominentes. Si así fuese, cuando viéremos un elefante dijésemos con certeza y dada la definición propuesta que estamos en presencia de un conejo grande.



Igualmente, parece ser un hecho que no nos es posible confundir las diferentes formas de presentación de un problema con el problema mismo. Es decir la definición de mesa o de silla debe por principio de definición contener todas las posibles sillas o mesas independientemente de su color, forma estética, peso o tamaño. Una mesa no dejará de serlo por tener tres patas ni una silla por ser negra. Ellos son factores aleatorios que no modifican ni alteran su definición. Simplemente nos hablan de formas diferentes con que un mismo objeto se nos puede presentar ante nuestros ojos.

Lo anterior, que podemos considerar una verdad de Perogrullo, no lo es tanto cuando trasladamos el ejemplo anterior de la mesa o silla al campo de las ciencias sociales. Aquí nos parece que los conceptos y sus conteni-

dos, fenómeno y forma histórica, no guardan una relación de dependencia. Se piensa que los cambios socio-políticos y económico-culturales dejan sin efecto y vuelven caducas categorías y problemas enunciados bajo conceptos que no son capaces de explicar las transformaciones que acontecen en la realidad. Así, como respuesta a una supuesta incapacidad explicativa

surge una vorágine de nuevos conceptos que pretenden ocupar el espacio dejado por sus anteriores pares con la finalidad de dar una explicación de sentido más omni-comprehensiva.

Ejemplos de ello tenemos por doquier en las ciencias sociales. Baste recordar los debates acerca del estatus teórico del concepto de dependencia o modos de producción. Conceptos que no se pueden dejar a un lado o considerar caducos a la hora de explicar las relaciones sociales de producción o las estructuras de poder prevalecientes a nivel internacional. Otra cosa bien diferente es pretender que el concepto de dependencia se convierta en una categoría metafísica. Las formas históricas de la dependencia se transforman en función de los cambios del modo de producción capitalista. Pero no por ello deja de estar presente en el análisis de su desarrollo. Tirar el agua sucia con el niño dentro no es la mejor solución. Sin embargo, ésa ha sido precisamente la fórmula practicada. Más que pensar en la trans-

* Profesor titular de Estructura Social de América Latina en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

formación de los fenómenos y en la necesidad de recrear los conceptos, se suele tirar por el camino del medio. Camino que se concreta en señalar que si la dependencia es un concepto nacido de una etapa ya pretérita del capitalismo, ésta pierde su vigencia y el fenómeno que analizaba al ser superado por la historia, dejaría de existir.

Es este el problema al que nos enfrentamos cuando buscamos incorporar en el ámbito específico de las ciencias sociales y concretamente de la sociología económica conceptos que parecen indicar el nacimiento de nuevas realidades que ya no pueden ser definidas desde las categorías preexistentes.

Una manera de evitar tener que tirar por esta «calle de en medio», es llamar la atención hacia nuevos acontecimientos que modifican, alteran o transforman la realidad social, obligándonos a repensar la capacidad explicativa de los conceptos en voga. Realidades cambiantes. Estructuras

sociales y procesos políticos que van definiendo nuevos contextos y transformando paulatina pero continuamente los espacios de articulación de lo económico, lo cultural, social, étnico o político. Cambios que nos motivan a desarrollar la capacidad crítica con el fin de interpretar y explicar de forma clara y distinta los factores que se presentan como novedad y que obligan al esfuerzo de sintetizarlos bajo nuevas categorías. Categorías que se nos antojan más comprensivas y por ello más adecuadas a la relación espacio-tiempo histórico que nos toca vivir. De esta manera nos hayamos sometidos siempre a un continuo proceso de construcción, crítica y reflexión acerca de la realidad contingente.

Sin embargo, no siempre la construcción de categorías y conceptos socio-económicos acontece como se ha señalado. La mayoría de las ocasiones, las nuevas definiciones propuestas tienden a confundir cuando no a oscurecer lo ya enunciado con anterioridad.



MIRANDO EL TIEMPO PASAR. NUEVA VENECIA, MAGDALENA. FOTO DE CARMEN ZUKIA B.

Con esto quiero llamar la atención hacia problemas que son comunes y casi diarios en el quehacer de las ciencias sociales.

En un afán de dar con definiciones supuestamente más comprensivas y amplias se pierde el horizonte y se somete a un juicio de faltas las ya existentes. Es necesario que todo cambie para que todo siga igual. Hay que llamar a las cosas con otros nombres aunque ellas contengan los mismos factores explicativos. Este tirar a la papelera definiciones que nos resultan incómodas o inapropiadas para los tiempos que corren—explotación, imperialismo, burguesía, dependencia, pleno empleo, colonialismo interno—, es lo que determina el surgimiento de conceptos elásticos, cuya propiedad consiste en ser tensionados y vueltos a su estado inicial, sin saber porqué se realizan dichos esfuerzos de alteración molecular. Sirven para todo, son como un comodín en el juego de cartas. Reversibles y de uso múltiple solventan los déficits. Es una suerte contar con ellos. Sin embargo su peculiaridad más destacada y que siempre se olvida es que son neutros.

Es esta neutralidad lo que a mi juicio conlleva la sustitución del concepto de imperialismo por el concepto de globalización. Mientras que la definición de imperialismo presupone un desarrollo del capital monopolista a escala internacional y con ello el desarrollo de la dependencia y el colonialismo global, el concepto de globalización nos lleva a presuponer un estado de neutralidad frente a un proceso productivo único que somete a las mismas tensiones a países dominantes y países dependientes.

¿Qué es la globalización? ¿Qué se define por ella? ¿Qué nuevos factores llevan a considerar superado cuando no caduca la categoría histórica de imperialismo? ¿Qué esconde el llamado proceso de globalización como prin-

cipio de una nueva etapa histórica claramente diferenciada de todas las anteriores?

Todas estas preguntas no pueden ser soslayadas a la hora de proponer un discurso basado en una explicación dependiente de la llamada globalización.

El discurso de la globalidad no sólo obedece a una realidad epistémica legítima. Se está usando también para una reconversión de la dependencia. A menudo contribuye a ocultar u ocultarse los efectos de la política liberal neoconservadora en los países del Tercer Mundo y los problemas sociales más graves de las cuatro quintas partes de la humanidad. En las líneas esenciales del mundo actual es indispensable ver lo nuevo de la globalidad, pero también lo viejo; y en lo viejo se encuentra el colonialismo de la Edad Moderna, un colonialismo global que hoy es también neoliberal y posmoderno. La reconversión es en gran medida una recolonización.

Es este llamado a comprender lo nuevo y a no olvidar lo viejo, a pensar en términos históricos concretos los cambios que se suceden, es cierto, con gran celeridad, lo que está pendiente. No basta con señalar que la globalidad es un hecho, si no se explicita claramente qué se entiende por ella y qué se quiere concretar con su surgimiento.

La hipótesis que considero presupone que, en cualquier caso, si la globalización expresa algún espacio de nueva realidad, éste se corresponde con un proceso de profundización del imperialismo contemporáneo y está sometido, su análisis, a las consideraciones teóricas que derivan del propio estudio del Imperialismo. La globalización entendida como un proceso de neutralidad discursiva, encubre una ideología cuya proyección social se traduce en un rechazo a la opción

política de un cambio social fundamentado en los principios teóricos de la construcción del socialismo.

Así, el uso del concepto de globalización no puede ser precisado si no se le incorpora como parte de la teoría del Imperialismo y con ello de su configuración actual tras la caída de los países del este.

IMPERIALISMO Y GLOBALIZACIÓN

Una de las características básicas del desarrollo del capitalismo en este último cuarto de siglo, es el grado creciente de desideologización a que se somete el conjunto de decisiones que van configurando su fisonomía. En otras palabras, las propuestas sobre las que se asienta el proceso de concentración y centralización del capital, está en despojar toda decisión de un criterio político a la hora de valorar el sentido, dirección de los cambios y las transformaciones en el orden internacional.

Para lograr un consenso generalizado acerca de lo acertado de las decisiones despolitizadas se recurre a una proyección estratégica fundamentada en señalar el grado de universalización del proceso científico técnico producido a partir de la «revolución informática». Universalidad que favorece la aceleración del progreso técnico y al mismo tiempo abre las puertas a una nueva modernidad (post) asentada en una radical transformación de las estructuras socioeconómicas y políticas de todos los países. Ahora, resulta inevitable tomar decisiones que permitan la incorporación de las nuevas tecnologías a los procesos productivos. Se trata de no perder el tren del progreso.

Bajo este manto tecnocrático se aduce la necesidad de acelerar los mecanismos que favorezcan, de manera eficiente, la inserción a un proyecto global y así evitar el rezago. Rezago que haría perder la oportunidad para ubicarse estratégicamente en el



TRAJOS AL SOL. NUEVA VENECIA, MAGDALENA. FOTO DE CARMEN ZUKIA

grupo de países capaces de sobrevivir a las mutaciones del orden post-industrial. De esta forma, el miedo y el terror a la marginalidad, hace que las decisiones tiendan a allanar el camino para dar la bienvenida a un nuevo tipo de progreso. Progreso manifestado en la robótica, la informática, la inteligencia artificial, la transformación total del mercado de trabajo, la producción, y el capital. Por estas razones, a los responsables políticos y los gobiernos proclives a este canto de sirenas les basta con señalar su responsabilidad con el tiempo venidero, justificando los cambios y políticas de ajuste introducidos a la hora de operar en un mundo cada vez más pequeño y estrecho. Mundo, que es el resultado del propio desarrollo de la técnica y la ciencia. (La aldea global que señala Marshall McLuhan en su Galaxia Gutemberg allá por los años cincuenta).

¿Cómo pues, oponerse a la globalización?
 ¿Quién no quiere entrar en el progreso?
 ¿Quién va asumir la responsabilidad de seguir manteniendo a sus conciudadanos en condiciones hoy comparables con la edad de piedra?

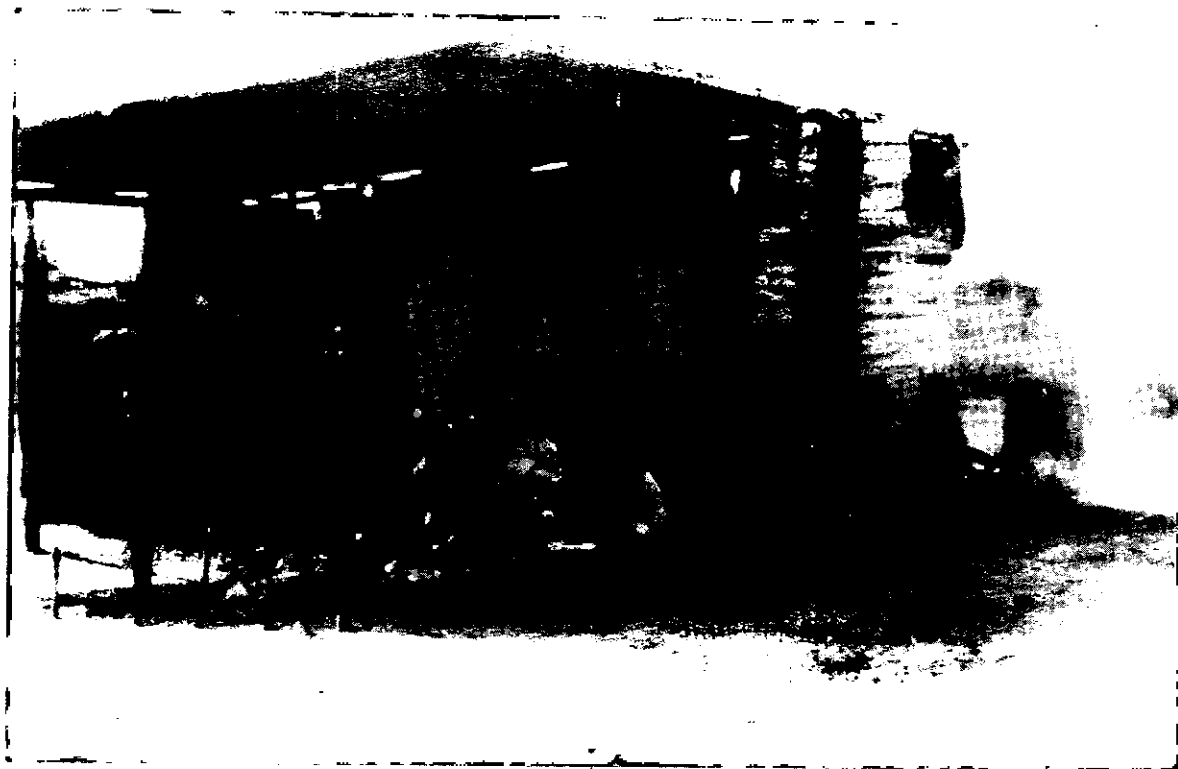
Se trata de hacer tabula rasa de las contradicciones que presenta un mundo cada vez más desigual proponiendo una maratón donde no hay favoritos y en la cual las reglas del juego son iguales para todos. Así, Haití puede convertirse en una nueva Alemania, Bolivia en Japón y Honduras en Estados Unidos. Lo importante es participar en la carrera, el resto es cuestión de no perder el ritmo y seguir las normas. Ahora bien, si se quiere estar entre los mejores baste con modificar y aceptar los criterios que impone la «globalización».

De esta manera la globalización resulta ser un hecho incuestionable. Expresión de un proceso que no tiene principio de explicación. Nacida de la nada, es un milagro cuyo

misterio no es posible ser desentrañado por los hombres. Hombres que harían mejor en someterse y seguir sus postulados con el fin de no ser excomulgados, considerados involucionistas, herejes y fuera de la realidad. Todo el fenómeno de la globalización esta impregnado de un halo místico cuya religiosidad radica en el principio de fé en el progreso y la racionalidad instrumental del mercado. Son sus hilos invisibles, la mano oculta que mueve de manera eficiente la racionalidad sobre la cual se fundamenta el cambio del fin de milenio. No hay lugar para discursos alternativos, su existencia son un obstáculo para el advenimiento del nuevo orden internacional.

La ocultación del principio explicativo sobre el cual se asienta el discurso de la globalidad, hace pensar que estamos ante una nueva realidad, radicalmente diferente de lo existente hasta hoy en día. La coca-cola ya no es la coca-cola. Toda referencia al pasado resulta odiosa y tiende a revivir experiencias que deben ser olvidadas. La historia comienza nuevamente y por ello se considera caduco todo el conjunto de razonamientos y reflexiones que acompañaron las interpretaciones existentes.

El mito de un eterno retorno. El simbolismo del «centro», de una nueva era es lo que define la ideología de la «globalización». Así es posible emprender, nuevamente, un camino totalmente distinto de los hasta ahora intentados. La globalización abre las puertas. Esta noción de la globalidad como centro: «es, pues, la zona de lo sagrado por excelencia, la de la realidad absoluta. Todos los demás símbolos de la realidad absoluta (árboles de Vida, y de la Inmortalidad, fuente de la Juvencia, etc.) se hallan igualmente en un centro. El camino que lleva al centro es un 'camino difícil', y esto se verifica en todos los niveles de lo real: circunvalaciones



UN DÍA CUALQUIERA. TASAJERA, MAGDALENA. FOTO DE CARMEN ZUKIA BARROSO.

dificultosas de un templo; peregrinación a los lugares santos (La Meca, Hardward, Jerusalén, etc.); peregrinaciones cargadas de peligros de las expediciones heroicas del Vellocoino de Oro, de las Manzanas de Oro, de la Hierba de Vida, etc.; extravíos en el laberinto; dificultades del que busca el camino hacia el yo, hacia el 'centro' de su ser, etc. El camino es arduo, está sembrado de peligros, porque, de hecho, es un rito del paso de lo profano a la sagrado; de lo efímero a lo ilusorio a la realidad y la eternidad; de la muerte a la vida; del hombre a la divinidad. El acceso al 'centro' equivale a la consagración, a una iniciación; a una existencia, ayer profana e ilusoria, le sucede ahora una nueva existencia real, duradera y eficaz.»

Hoy la peregrinación es hacia la globalización. Una nueva era marcada por el comienzo de un mundo sin historia. El milenio que se anuncia no necesita de nuevas profecías. El fin del mundo no es ya el recurso para luchar contra la modernidad. El paso del

siglo XX al siglo XXI se hará sin traumas y rupturas. Por primera vez, el tiempo venidero es ya un tiempo de seguridad, de unidad y progreso generalizado. El centro geográfico lo componen la tríada del imperialismo transnacional: Japón, Alemania y Estados Unidos. Países hegemónicos dentro de la trilateral y cuyos bloques presuponen la existencia de países aliados y también países subordinados. En este sentido, las diferencias se profundizan.

El nuevo carácter del imperialismo está en las determinaciones que implica recomponer el espacio sobre el cual se ejerce el poder y se desarrolla la explotación. El tercer mundo es mucho más tercer mundo. Con la inclusión, ahora, de los ex-países del bloque soviético. China, sigue siendo el gran olvidado en toda esta proyección estratégica del imperialismo del siglo XXI. País que aún se define del socialismo, con mil millones de habitantes, y que no es analizado dentro de esta «globalización» neutral.

La ideología de la globalización es un canto de sirenas que pretende señalar el carácter neutral de las transformaciones tecnológicas y científicas desarrolladas con la revolución informática y cibernética. Así, no es posible romper o abandonar el camino que implica una nueva modernización despolitizada y carente de trasfondo ideológico.

La deslegitimación de toda crítica y reflexión tendiente a mostrar los déficits interpretativos y los aspectos no contemplados dentro de la globalización es rechazada en aras de un proyecto de mundo feliz.

Hasta el momento, no existe una definición de globalización clara y distinta que nos enuncie qué es lo que define como propio. Es más, tampoco responde a preguntas específicas como: ¿en qué se diferencia de la transnacionalización productiva del capital?; ¿qué aporta respecto a la conceptualización de economía-mundo?; ¿qué aspectos de la categoría imperialismo no son suficientes para identificar el fenómeno actual de transformación productiva como parte inherente a su propio desarrollo interno?

Todas preguntas válidas y legítimas que parecen no tener cabida en los análisis sobre la globalización. Como señalara en su momento Agustín Cueva refiriéndose a la teoría de la dependencia: «Tanto la dominación y la explotación imperialistas, como la articulación particular de los modos de producción que se dan en cada una de nuestras formaciones sociales, determinan que in-

cluso las leyes propias del capitalismo se manifiesten en ellas de manera más o menos acentuada o cubiertas de 'impurezas' (como en toda formación social por lo demás), pero sin que ello implique diferencias cualitativas capaces de constituir un nuevo objeto teórico, regido por leyes propias, ya que la dependencia no constituye un modo de producción sui generis (no existe ningún modo de producción capitalista dependiente como en cierto momento llegó a decirse) ni tampoco una fase específica de modo de producción alguno (comparable a la fase imperialista del modo de producción capitalista, por ejemplo) sino que es la forma de existencia concreta de ciertas sociedades cuya particularidad tiene que ser desde luego estudiada». La afirmación de Cueva guarda toda su vigencia, si sustituimos dependencia por globalización.

Si no se quieren repetir los mismos errores, no es una cuestión de dogmatismo o pesimismo histórico señalar que la globalización conlleva un mayor grado de explotación y de aumento de las desigualdades entre países imperialistas y países dependientes subordinados. La distancia entre primer y tercer mundo son cada vez más profundas. En este sentido, no se trata de oponerse a la globalización por una pertenencia ideológica o una cabezonería extremista. Es la defensa de los principios de soberanía, el derecho a manifestar la diferencia y definir un camino propio de desarrollo y cambio social lo que aconseja a realizar una crítica radical.



RUMBA EN GETSEMANÍ. ÓLEO DE CECILIA HERRERA. 1986.